

La casa del abuelo

Por Sergio PITOL

Dibujo de Leticia TARRAGO

Para Carlos y Carlota Félix

“Los ojos son el espejo del alma”, apuntaba su libro de lecturas escolares. “No puede uno presumir que conoce a las personas hasta no haber logrado penetrar en el último traspaso de sus ojos”, le había oído decir en cierta ocasión a su padre. “Los ojos son azules o verdes, pardos o negros —exclamó una vez iracunda su abuela—, y yo sé de un niño a quien por su insolencia se le volvieron rojos, rojos como la sangre, y, al llorar, esa sangre brotaba y le escurría por las mejillas, le manchaba la ropa y se derramaba en el suelo, donde formaba un charco pegajoso y repugnante que le prendía los pies sin permitirle la menor posibilidad de movimiento; y la gente, al pasar, se enteraba de que aquel niño, a quien Dios castigara de un modo tan severo, había matado a un perrito, y a ello se debía que la sangre fluyera de sus ojos que ya más bien semejaban cataratas, ¿recuerdas la que vimos desde el tren cuando fuimos a Veracruz?; y unos chiquillos le arrojaban piedras como justo castigo a su delito, en tanto que otros, perversos, mentirosos, falaces e hipócritas como tú, lo consideraban su héroe, prócer de la maldita e irredenta patria de los pecadores, pues su instinto les hacía contemplar con placer, con delectación y júbilo, continuas pretendiendo engañarme”, sin que él lograra desentrañar cuál era la supuesta mentira que había impulsado tan a un niño que tenía los ojos rojos como los vas a tener tú si desorbitadamente la imaginación de la anciana. “Los ojos son espadas, son pedernales, son los instrumentos más insidiosos de que se puede valer un hombre para ultrajar a una mujer”, había comentado su madre hacía algún tiempo, con las manos temblorosas y los párpados enrojecidos.

Al contemplar cómo los ojos del diminuto perro recostado en el asiento de enfrente lo observaban calculada, detenidamente, a la vez que su lengua húmeda y rosada entraba y salía de los belfos con acompasado movimiento, pensaba con azoro que jamás había entendido, y que quizá ya nunca lograría hacerlo, aquellas frases confusas destinadas a calificar unas partes de la cara cuya función le parecía siempre inequívoca: la de ser ojos tan sólo, y no espejos, ni espadas, ni pedernales, ni, mucho menos, partes vulnerables al castigo de Dios o de los hombres; únicamente hendiduras pequeñas, hermosas a veces, que servían para ver otros rostros y otros cuerpos y animales y objetos y paisajes; y aquéllos, los que de haberle hecho ciertas aclaraciones hubieran logrado redimirse ante su violentado candor, habían desaparecido definitivamente; primero la abuela, luego su padre, casi inmediatamente después su madre, y el libro escolar se hallaba perdido —imposible localizar su paradero con tantos cambios y recambios como habían ocurrido— y, por lo mismo, ¿quién habría de explicarle por qué los ojos podían ser tantas cosas tan distintas sin por ello permutar su imagen: meras ranuras en la piel con un círculo dentro que podía ser de un color o de otro y lograr inverosímiles luces y opacidades, brillos y sombras que casi transformaban el tono original, sin razón aparente alguna?, como tampoco le dijeron, y sería mucho más tarde cuando llegara a descubrirlo (en el diario enfrentarse con Lucía), que la boca no es sólo un simple receptáculo donde cabe el alimento y se hospedan la risa, la saliva y las palabras, sino que, sin dejar de ser todo eso, logra convertirse en el arma más afilada que un ser humano pueda emplear para el abajamiento y la aniquilación de otro, no por las palabras que produce, pues en última instancia ellas vienen a resultar siempre inofensivas. (El hombre es, por lo general, un ser sin oídos. La memoria apenas registra los vocablos, pero en cambio graba los gestos con una exactitud anonadadora, los separa de su cadena emotiva, les veda toda posibilidad de explicación, de atenuación o de reforzamiento, y los deja así, tal cual acaecieron, sin interpretación subjetiva alguna que los mate, que los demerite —una sonrisa de desprecio proveniente de la mujer-objeto-venero-del-deseo, quedará siempre incrustada, estática, presente, aunque las palabras que la acompañaron, que en el momento de emitirse fueron tal vez más lacerantes, se hayan depositado, gastado, y para siempre diluido en la zona más devastadora de la conciencia—, y el recuerdo se encargará de irlos puliendo, de cortar sus amarras, delinear sus contornos, para que cuando nos visite la imagen de esa tarde en que el sufrimiento nos cercaba, aflore radiantemente pura esa mueca de hastío, única regalía que el dolor lograba obtener de ella.) Sus

nueve años le habían proporcionado el conocimiento de un mundo compacto e intenso, replegado en sí mismo, concéntrico, sin dotarlo aún de las armas necesarias para poder deducir cualquier dato sobre su maldad o bondad, sin proveerlo de los elementos de comparación que le hicieran saber que ese mundillo en el que había vivido no era el universo, sino una fracción de él, insignificante, banal, despreciable quizá frente al ritmo que el Mundo, con mayúscula, arrastraba.

Los ojos del perro se cerraron para volver a abrirse casi al instante y mostrar una expresión de incontenible fatiga; los ojos se iban enrojeciendo paulatinamente (“por el sueño, por el polvo”, pensaba Ismael) y la lengua seguía entrando sin gracia, sin vida, automáticamente, de aquel hocico, como si tal acto fuera parte del mecanismo de la respiración. Llegó un momento en que le resultó imposible la contemplación de ese diafragma que se movía una, dos, diez, cincuenta ininterrumpidas veces, bajo unos ojillos cada vez más enrojecidos, que nuevamente le hicieron recordar lo que su abuela dijera sobre los ojos sangrantes, y de paso las palabras de su madre sobre los ojos pedernales, y las de su padre sobre los ojos como fuente de conocimiento de los hombres, y la frase de su libro sobre los ojos espejo, y, sin que lo advirtiera casi, el recuerdo no le produjo ya el sentimiento de perplejidad (ese perderse en un laberinto de frases y conceptos que, al parecer, sólo guardaban sentido para las personas mayores) que en esos días se le había hecho habitual, sino más bien el de una remota tristeza al comprender que nada podía ya esperar de los seres amados, convertidos ahora en algo menos que fantasmas, ni de las páginas de un libro que nunca volverían a acariciar sus dedos; y nuevamente surgió el deseo de llorar por todo lo perdido: por su abuela paterna, sus padres, su cuarto, sus libros, sus juguetes, por el reloj de cucú que pendía en la pared frente a su cama, y aun por los habituales amigos de la casa y por el concentrado olor a tabaco y alcohol que los domingos por la mañana inundaba las habitaciones, y consideró como la pérdida más atroz, la separación de Josefina, que apenas horas antes, conmovida hasta el llanto, después de besarle y estrujarlo en el andén, había sacado del corpiño un abultado envoltorio formado por pañuelos, cintas y papeles que deshizo con morosa parsimonia hasta encontrar, después de exasperante trajineo: cortar nudos, romper papeles y desdoblar trozos de tela, unas monedas y unos billetes. Sentada en una banca del andén —“nadie se imaginaba que es una criada”, pensaba con orgullo Ismael— se aplicaba con aire concentrado y solemne a contar escrupulosamente su dinero, mientras él, acomodado en una de sus maletas, la observaba en silencio, disminuido por tener que abandonarla. (Desde que leyeron la carta le había prometido que se reuniría pronto con él, mas había aprendido a desconfiar de las promesas. ¿Cuántas veces no le habían ofrecido sus padres llevarlo a tal o cual lugar, o comprarle este o aquel juguete para jamás volver a recordar el compromiso? Sabía, a pesar de las múltiples capas de engaño que ambos interponían entre ese saber y la realidad, que la contemplaba por última vez, y fue eso lo que lo obligó a levantarse, caminar hasta donde ella estaba y abrazarla con un impulso que brotó desde la fibra más emotiva de su ser.) Después de contar repetidamente los billetes, separó algunos para volver a contarlos con lentitud desesperante, y, al parecer, sin reparar en que abrazada a su cintura permanecía implorante la criatura, colocó sobre la banca las monedas y emprendió la operación inversa, la de doblar papeles y apretar nudos con la misma minuciosa e irritante cicatería con que desde la noche anterior venía procediendo, cual si en esos menesteres anhelara consumir el tiempo que aún faltaba para que los pasajeros abordaran el tren y no tener que pronunciar palabras que en nada auxiliarían a ese niño cuya mirada oscurecía el temor, que se asía con desesperación a su cintura y a quien el corazón latía tan desesperadamente que lo sentía repercutir en su vientre. Guardó el envoltorio en el regazo, metió una mano en el bolsillo de la chaqueta de pana de Ismael, extrajo la cartera y puso en ella, bien doblados, unos cuantos billetes. Y fue entonces cuando se sorprendió con las manos libres y la imposibilidad de concentrar la atención en otra cosa que no fuera la espera, como si el grifo de las palabras se hubiese roto, y se lanzó desordenada, abruptamente a hablar, a decirle a Ismael las cosas que podría haber dicho al hijo que arteramente le negara la carne. Los brazos en torno a la cintura, la cabeza

apoyada sobre el pecho, las lágrimas que le humedecían el vestido y los sollozos entrecortados que exhalaba aquel cuerpecillo desmedrado, fueron el mejor incentivo, el más activo, para impulsarla a lanzar todas las emociones que se había obligado a guardar para sí con el propósito de no aumentar el desconcierto en ese endoble racimo de nervios y tensiones que desesperadamente se asía a ella; Ismael, a quien había tenido en brazos casi desde el momento en que viniera al mundo; Ismael, que la abandonaba; Ismael Carmona que se reintegraba a los suyos.

—¡Cálmate, niño! ¿No decía tu padre que un hombre debe ser siempre valiente? Vamos a ver, ¿por qué habíamos de ponernos a llorar? ¿Crees que a mí no me duele desprenderme de este hombrecito que era mi alegría? y sin embargo, mira nada más, feliz me estoy al saber que pronto iré a verte y que dentro de unas cuantas horas te sentirás el niño más feliz del mundo; tu familia es de entre todas las de Córdoba la más respetada y tu apellido suena allí más fuerte que ninguno — y ya para entonces sus ojos estaban cuajados de lágrimas y lloraba a la par que Ismael, en tanto que se abrían las puertas del tren y la gente se aglomeraba alrededor de un estrado donde un hombre con chaquetilla blanca recibía los boletos y acarreaba el equipaje a los vagones. Para cuando llegue a Córdoba tú te habrás ya habituado a los modos del campo y le enseñarás a esta vieja tan tonta que has tenido por nana a montar a caballo, y la llevarás a ver tus campos, tus naranjales, los sembradíos de café, las praderas que conocí hace tantísimos años que apenas las recuerdo, y ya nunca, nunca, óyelo bien, permitiremos que nos vuelvan a separar. (Más que la separación en ese momento le lastimaba la mentira. Josefina prometía atolondradamente algo que sabía no iba a cumplir. La idea de que el dolor y las lágrimas se empleasen como un recurso para encubrir el engaño y otorgarle la apariencia de convincente a una promesa le llegó a resultar intolerable. Con un brusco tirón se desprendió de ella, corrió hacia la portezuela del vagón y allí, junto a la escalerilla, permaneció observándola, con el cuerpo tan rígido que los cortos pantalones y la chaqueta de pana, al ser sacudidos por el viento, producían la impresión de que flotaban alrededor de una estatuilla de acero. Los brazos y la boca eran los únicos órganos con vida: los brazos registraban un movimiento desesperado y convulso hacia atrás y hacia adelante, cual si tuvieran una existencia independiente y autónoma del resto del cuerpo, como dos aspas metálicas que se balancearan enloquecidamente, en tanto que a sus labios, a los que por fuerza quería hacer pronunciar aquellas palabras que le quemaban la sangre y que tan mal compaginaban con la inocencia de su figura: “Cállate, maldita; cállate, cabrona; calla boca del demonio; cállate, mula; trágate tus palabras y déjame ir tranquilo”, acudía tan sólo un borbotón de sollozos ahogados, de gemidos animales, de lamentos hondos ni siquiera expresados en un grito salvaje que los redimiera, que los expulsara — como fue aquel alarido desatado, incontinente, rasgado, que tanto la había espantado, y que fue su primera reacción cuando hacía unos días había leído la carta de Rita—, sino un rispido y desapacible gorgoteo de sonidos obtusos, inermes, invertebrados, que lo ceñían aún más a su dolor y a su impotencia.) Ante los ojos asombrados de los pasajeros que a su lado corrían conduciendo de un lado a otro su premura, que observaban de paso, como al desliz, los brazos dementemente agitados, la boca abierta y quejumbrosa, la tensión en los músculos del cuello, ella proseguía, mientras ponía dos maletas en las manos de uno de los empleados de chaqueta blanca e indicaba por señas a los cargadores que subieran al tren un enorme baúl, su infatigable perorata:

—Nada habrá de faltarte en casa de tu abuelo, pero este dinero no lo tomes sino en el caso de que te encuentres en un verdadero apuro. ¿Me prometes que no habrás de gastarlo en golosinas, que lo tendrás siempre en un lugar seguro, que lo usarás únicamente en momentos de necesidad? — Ella lo veía, miraba sus ojos desesperados, las pupilas dilatadas por el martirio, y sin embargo continuaba repitiendo palabras cuya vacuidad, cuyo despropósito no tenían otro objeto que el de hacerlo caer en la trampa, en el engaño. Por eso cuando las maletas estuvieron a bordo y Josefina se acercó para abrazarlo nuevamente, la tomó de las muñecas, la sacudió con un vigor que sorprendió a ambos y luego la arrojó lejos de sí, con tal impulso que poco faltó para que la anciana rodara por el suelo. Subió a la carrera los tres escalones y entró en el carro salón, con temor de que lo siguiera y volviese a repetirle su cantinela.

Ella no subió, pero el dardo se había introducido en el sitio preciso. El daño estaba hecho, e Ismael, distraído en la contemplación de una mano ricamente ensortijada que acariciaba con mimo la cabeza del perro, no se decidía a renunciar a la ilusión de que su nana fuera fiel a sus palabras y un día se presentara en la casa del abuelo para servirle de sostén en ese mundo po-

blado de estrafalarios personajes a los que tan poco conocía y que tan confusas sensaciones le habían producido: el abuelo, de cuya boca a menudo escapaban las peores palabras aun cuando hubiese señoras o niños enfrente; el tío Octavio siempre distante, alegre y juguetón a momentos, pero inaccesible las más de las veces; y la tía Rita, a la que en sus dos visitas a Córdoba no había logrado conocer, porque desde la primera, en los cuatro o cinco días pasados con su madre en la vieja casa de la familia, había permanecido encerrada en su cuarto, sin siquiera salir a compartir los alimentos. El abuelo le había dicho entonces a su madre de manera imperiosa que no se le ocurriera tocar a su puerta o forzar una entrevista, porque en Rita no habían cicatrizado aún las heridas, y era posible que de verse sobreviniera una escena desagradable; el tío Octavio había replicado con impaciencia que ya era hora de que alguien pusiera coto a los extravíos de su hermana, y nadie más indicado que Amelia para hacerlo; pero su madre no había ido (no sabía si por falta de valor o simplemente de deseo) a tocar en aquella puerta, ni le mandó avisar con alguna de las criadas que deseaba verla, hablar con ella, estrecharle la mano, no obstante que el tío Octavio insistiera alguna vez sobre el particular, y el mismo abuelo, a pesar de que aducía lo inconveniente que tal encuentro podía resultar, no encubría lo suficientemente (ya que hasta el propio Ismael lo notaba) el regocijo que tal experimento le proporcionaría, y aunque por una parte esgrimía su aire más solemne, su seriedad imperturbable, la inalienable respetabilidad que su posición de padre y señor de la comarca le confería para negarse al encuentro, por otra, pretendía presionar algunas fibras internas de su hija para lanzarla a la entrevista, quejándose amargamente, con el periódico en la mano y el menjul siempre preparado en la mesa más próxima a su mecedora, del dolor que le producía ser el padre de dos hijas que no sólo se negaban la palabra sino hasta la presencia. Al emprender el segundo viaje pensó que esa vez sí llegaría a conocerla (la tía Rita se había convertido en una verdadera fijación), pues la estadía en Córdoba iba a ser bastante más prolongada: cerca de tres semanas. Pero no. Durante aquellos días una puerta cerrada, violentamente hostil, mantuvo su calidad de barrera insalvable entre la señorita de la casa y las visitas. La reclusa exigía que le llevaran los alimentos en una canasta cubierta por una servilleta, no en platos colocados sobre una bandeja, no en una viandera, sino en una canasta cubiera por una servilleta como las que se llevan a los días de campo, para mantener la ilusión de recibir los alimentos de otro sitio, o, quizás, la de ser ella quien estaba en otra casa y recibía de la suya, distantísima, el diario sustento. La necesidad de desentrañar el misterio había llegado a poseerlo de manera obsesiva; en todo momento y en todo lugar creía percibir la presencia de su tía, o mejor dicho el intangible pero potentísimo peso de su ausencia. Presentía en cualquier conversación alusiones veladas cuyo significado le estaba vedado comprender, y la sensación de sigilo y penumbra que de ellas escapaba permanecía flotando durante un buen rato en torno a su conciencia. Le era imposible entender las causas por las cuales la tía Rita se escondía de su madre, y recordó que cuando la familia iba a México ella jamás los visitaba ni salía, como el abuelo o el tío Octavio, al teatro, a cenar o de compras, con sus padres.

Una noche, durante la cena, había visto al abuelo poseído por una racha de terrible mal humor, que le llevó a dar un violento y grosero manotazo en la mesa y a prohibir a Octavio que siguiera hablando de su hermana. Las palabras de entonces le habían resultado incomprensibles, más aún aquellas con que su madre había inmediatamente replicado. Todo en el lenguaje tendía a ocultar las razones por las que la tía Rita permanecía enclaustrada, confiriéndole al hecho una huidiza significación de atropello y pecado. La misma reproducción del diálogo le era difícil, no sólo ahora que lo recordaba como una extraña ráfaga de colores sombríos perdida en el pasado, sino entonces, en la época misma de los acontecimientos, cuando la historia viva, fresca, espectacular, entró a formar parte de su cotidianidad. Sólo se le venía a la memoria que el abuelo había dado un fuerte golpe en la mesa.

—Si vuelvo a oírte decir una palabra más sobre tu hermana, tendrás que ir despidiéndote para siempre de estos techos. Harto estoy de escuchar la cantaleta de reproches y bromas estúpidas con que acostumbran referirse a esa pobre muchacha, al lado de quien, y ya era hora de que lo tuvieran bien sabido, ustedes no resultan sino escoria. Y tú, jovencito —había dicho dirigiéndose intempestivamente hacia él—, ve sabiendo desde ahora que si en esta familia hay alguien que valga más de un centavo, ésa es tu tía Rita, y que si han pretendido traerla a mi casa para vejarla con tu presencia no he de consentirlo por más tiempo.

Y hubiera seguido hablando, pero su madre, ante la asombrada mirada de Octavio y el terror abiertamente pintado en el rostro de la sirvienta, se interpuso y le replicó que no tenía por qué mezclar a su hijo en aquella turbia trama de caprichos e histeria; que ya era tiempo de que entendiera que Rita no era más que una enferma, y que *aquello*, lo que las había separado, había sido un mero pretexto para que sus desajustes nerviosos —que igual hubieran podido revelarse por cualquier otra causa— salieran a la luz. Pero el abuelo no estaba como para atender explicaciones, y sin más se levantó de la mesa, haló hacia sí el mantel, con lo cual platos, utensilios, fuentes, copas y cubiertos, fueron a estrellarse aparatosamente en el suelo, se encaminó a la puerta con pasos vigorosos y la cerró con estrépito. Desde ese día su madre no le permitió comer con los mayores.

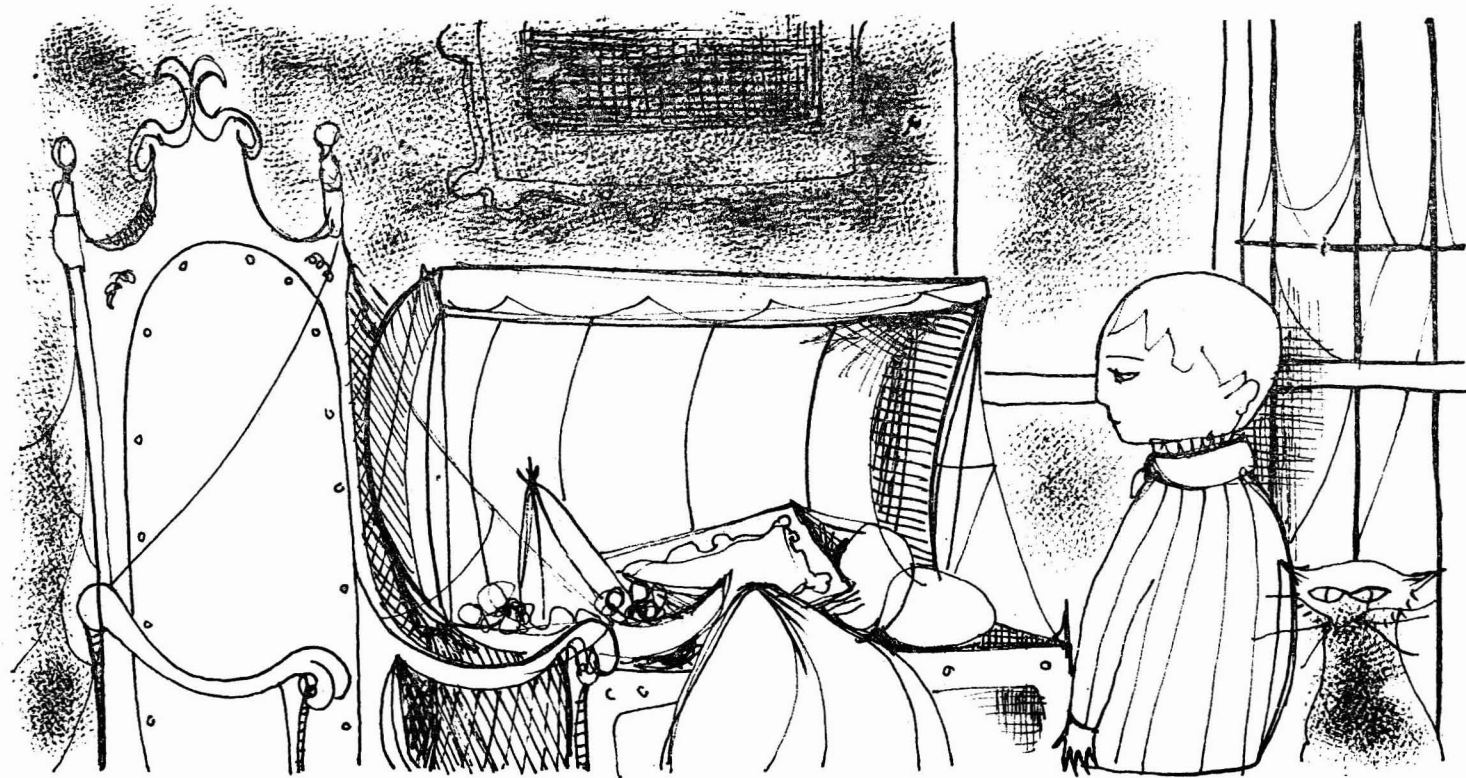
Le había quedado desde esa noche una difusa sensación de culpa, pues no podía escapársele que en el odio que ambas hermanas alimentaban, él quedaba involucrado de una manera incomprensible. Posiblemente a su tía Rita le molestaban los niños, como a Clara, la amiga de sus padres, que apenas llegaba a visitarlos exclamaba:

—Oculten al crío antes de que me desespere y la emprenda con él a cachetadas—. Pero él era el primero en reírse de tales despropósitos, pues cada vez que ella podía le llevaba chocolates, y una vez le había regalado un osito de peluche y otra un coche de cuerda y hasta en cierta ocasión lo había llevado a ver la cueva de los peces en el zoológico y a pasear en lancha por el lago.

No, lo que sucedía allí era muy distinto. Algo que presentía torvo y deforme iba enconándose contra él en una habitación oscura, frente a cuya puerta se apostaba todos los días a la una de la tarde y a las siete y media de la noche, horas en que la canasta cubierta por una servilleta era introducida, sin lograr verla nunca, como si la moradora que allí se ocultaba tuviera el suficiente cuidado de no permanecer jamás frente a la puerta en el momento en que unos nudillos firmes y precisos golpeaban por tres veces la madera. La oscuridad en el interior era casi absoluta. Las cortinas estarían, con seguridad, corridas para ocultar el implacable sol de junio. El único sentido que conservaba su vigencia en aquella diaria inspección era el del olfato, que captaba los concentrados olores de alcohol, tabaco, suciedad, que expedía aquel cuarto umbroso y mal ventilado cada vez que la canasta entraba o salía.

Un día, hacia el final de esas vacaciones, hizo una de sus frecuentes visitas al desván, donde se entretenía y gozaba con la contemplación de tantos objetos inútiles, caducos; vivos testimonios de la grandeza alcanzada por su casa desde lejanas épocas; muebles vetustos y deteriorados en los que el señorío permanecía invicto a pesar de la polilla, el polvo y los cambios de la moda; viejos arcones que guardaban pomposos y extravagantes vestidos; alguno de ellos posiblemente había sido lucido por su bisabuela el día en que acudió a casa de los Cordero a presentar sus respetos a la emperatriz; había también varias cajas grandes, las que él prefería, llenas de fotografías

familiares, frente a las que pasaba horas enteras haciendo desfilar entre sus dedos las borrosas y amarillentas láminas que instalaban en la inmovilidad y el estatismo unos rostros que férreamente encadenaban el suyo a una estirpe. Le placía encontrar rasgos suyos, o que imaginaba como suyos, en esos ojos duros, en el gesto soberbio, altivo e implacable que distinguía a los fotografiados. Le producía un placer casi físico el saber que por sus venas corría la misma sangre que había latido en las de esos hombres y mujeres que un día, por azar o manifestación expresa de su voluntad, se colocaron frente a la cámara fotográfica, lo que le permitía a él muchos años después manejarlos como si fueran naipes. En una de las cajas encontró un paquete atado con una desteñida cinta verde; cuando deshizo el nudo, no pudo dejar de sentir una fuerte alegría al reconocer a su madre en aquella multitud de estampas, muy joven, con el mismo rostro de ahora, aunque quizás menos anguloso, con más carne en las mejillas, y una frescura que no le conocía. Allí, en ese mundo de posturas galanas e incontenible vanidad, su madre aparecía en todas las actitudes posibles: en traje de baile, en representaciones teatrales, en días de campo, al lado de sus abuelos, haciendo regalos a las mujeres e hijos de los peones, teniendo entre sus brazos al tío Octavio —un bebé entonces—, montada a caballo, en la plataforma de un camión de redilas, en el techo de un automóvil, en un baile con corona de reina y capa de armiño; y le pareció extraño que entre ese cúmulo de fotos no hubiera una sola de su tía Rita, de quien a no dudarlo, se habían impreso tantas placas como de su madre, como si alguien, seguramente ella misma, las hubiera destruido, o más bien resguardado en la intimidad de aquel oscuro cuarto del que se negaba a salir, para que su sobrino, que según las singulares palabras del abuelo había sido traído con el único objeto de vejarla, nunca pudiera, ni siquiera en imagen, conocerla. De pronto sus ojos se fijaron, o, mejor dicho, tropezaron sus dedos con una fotografía peculiar, no por lo que plásticamente ostentara, que era bien pobre: la fachada de un edificio de escasa belleza, con un rótulo grande: "Hotel Marsol", a un lado unas palmeras, y al otro, a poca distancia, el mar; pero no era eso lo que había llamado su atención, que en sí no tenía nada de notable, sobre todo si se le comparaba con la estampa de otros paisajes infinitamente más bellos que había en aquellas cajas, sino el grosor, y cuando miró con atención encontró que había otra fotografía debajo, pegada, muy hábilmente, con una tira de esparadrapo. La intuición señala muchas veces, sin que entendamos el porqué, la presencia de lo vedado; así en ese momento *supo*, sin que aparentemente nada se lo indicara, que debía tomar precauciones. Lanzó un inútil vistazo a su alrededor, aunque de sobra sabía que al desván nadie subía, y que de alguien hacerlo oíría el ruido de los pasos en la crujiente escalera; y luego, con una mezcla de emoción y esmero, despegó el papel para encontrarse con otra imagen captada (eso era indudable) por la misma cámara que se detuviera en aquel hotel anodino que Ismael supuso, en el colmo de la ingenuidad, que había sido llevado al cartón por un sentimiento de piedad hacia su chatura y carencia de



belleza; mas lo cierto era que la piedad de ninguna manera había participado en la intención de detenerse en aquellas blancas paredes junto a las palmeras y al mar, sino la desesperada urgencia de fijar el recuerdo y hacerlo tangible cuando un viaje no fuera ya sino una mera anécdota perdida en el pasado. La necesidad de hincar en un trozo de papel el marco de una ventana (por donde el sol a mitad de la mañana empapó la quietud de dos cuerpos tiernamente enlazados), gracias a la cual los ojos, al abrirse, podían contemplar cómo una dulce resolana se recreaba en el cuerpo vecino, le bruñía el cabello y hacía parecer como más profundas bajo las pestañas las cuencas que una noche de violentas caricias tiñera de azul, y, como si aquello no fuera suficiente, permitía lanzar los ojos, los ciegos, los estúpidos ojos, por su hueco, a toparse con la lujuria del mar, con ese gran acto amoroso que constituye la línea del horizonte, donde dos elementos se confunden en una cópula purísima, bestial, imperiosa, frente a la cual toda relación humana tiende a resultar disminuida. ("Por eso —pensó una vez, aquella en que frente al mar se arrojó a la esperanza—, los cuerpos en la playa nunca terminan de saciarse, y cuando creen hacerlo, el ejemplo de esa brusca caricia vuelve a lanzarlos a un encuentro más voraz, más furioso, en el afán estéril de aprehender las huidizas sensaciones que la piel, al estímulo de otra sangre, otros dientes, otra piel, le ofrendaba"; aquella, que transida por un sentimiento de milagro, al contemplar en sus paseos nocturnos las estrellas, la luna, la oscuridad del médano, el blanco cresterío de las olas, la titubeante luz del faro, llegó a considerarlos como augurios indudables de una felicidad que no se atrevía a considerar perecedera, conjugada con la del hombre a quien el haber arrebatado la virginidad a una doncella le producía un encontrado galope de sentimientos que oscilaban entre una primaria perplejidad, la furia, la humillación y la más delirante, ardiente y apasionada embriaguez de los sentidos; un hombre que en los momentos de exultación, sumergido en el aroma de perfumes costosos, de ropas delicadas, de un cuerpo macizo y elástico delineado por el tennis, la equitación y los masajes, pensaba divertido: "Si mi madre lo supiera, si llegara a enterarse mi padre de quién es la mujer con la que actualmente fornico..." La satisfacción de esos instantes era tan pura, tan honda, que no podía menos que reír, ante la complacida sorpresa de su compañera, que arqueaba el cuerpo, se arrastraba hasta él con movimientos de gata y con sus labios frescos e inexpertos extrangulaba de raíz aquella risa proveniente del hecho de que jamás sus padres, a pesar de los innumerables esfuerzos en tal sentido encaminados, habían logrado conseguir la más mínima atención de don Federico Carmona, quien siempre los trató con la insolencia que un terrateniente puede permitirse frente al propietario de un rancho vecino que no sobrepasa las cincuenta hectáreas.

El niño contempló con sorpresa la fotografía. Aquél era su padre, no cabía duda, y la mujer, a pesar del enorme parecido con su madre, no era ella, pues la del retrato tenía el cabello negro y era indiscutiblemente más hermosa. La comparó con las muchas fotos que había de su madre y el parecido volvió a mostrarse de manera insistente, aunque en tal confrontación las diferencias adquirieron, a su vez, mayor relieve. Eran también aquéllos los rasgos del abuelo. Estaba, indudablemente, contemplando a su tía, y al presentirle le dolió que una mujer tan bella, cuya imagen parecía ser la de una de esas artistas que le gustaba contemplar en la pantalla, lo detestara y se encerrara durante días y días para no dejarse conocer por él ni ver a su madre. En el revés de la foto había un nombre y una fecha: Alvarado, marzo de 1928. Esa tarde al bajar del desván se sintió penetrado por una sensación en extremo desagradable, y durante horas permaneció encerrado en su habitación para evitar encontrarse con alguien, pues allá, muy en el fondo de su inocencia, comenzaba a vislumbrar, sin saberlo, sin comprenderlo, sintiéndolo tan sólo, el oscuro drama que agitaba a los seres alrededor de los cuales se movía.

Ya no habría posibilidad de escapatoria para su tía; por fuerza tendría que conocerla, vivir a su lado, depender de ella, sentirse un poco su hijo, y, tal vez, por haber ya desaparecido aquellos que mutilaron su destino, el rencor, al perderse sus cimientos, eliminara su antigua virulencia y él pudiera encontrar el cobijo necesario hasta que Josefina hiciera su aparición en la casa que ya se veía precisado a considerar como la suya. El mal había surtido su efecto: le era imposible dudar de la anunciada intención de su nana de volver a su lado tan pronto como arreglara los asuntos que decía tener pendientes en México. Por otra parte —pensaba complacido— había oído una vez a su padre decir rencorosamente que así como el criminal se ve impelido a regresar de manera fatal al lugar del crimen, todo cordobés vuelve, tarde o temprano pero inexorablemente, al sitio donde nació. Y Josefina era tan cordobesa como su

madre que, cumpliendo el pronóstico, había elegido su ciudad natal para morir.

La velocidad del tren parecía ir en aumento. La siguiente estación sería la definitiva. La señora y el perro de lengua inquieta y caprichosa había descendido varias poblaciones atrás. Los asientos de enfrente y el de al lado estaban desocupados. Se tendió boca abajo, apoyó los brazos en el pasamanos, y con la cara apretada contra los cristales se puso a mirar el paisaje cada vez más rico en verdes, más lujurioso en su convite de flores. En la diferencia con los llanos de vegetación raquítica y desolada cruzados hacía pocas horas, hallaba un buen presagio. El calor del trópico volvía el cuerpo húmedo, pegajoso, confortable, y él, tendido en el asiento con los zapatos sobre el verde terciopelo y los ojos prendidos en las casuchas de tejamanil donde libremente trepaban las bugambilias, se entregaba, amodorrado, a la caricia que el crepúsculo ofrecía. La placidez de la visión explotó repentinamente en mil fragmentos, al pensar en lo desgraciado que sería su padre si supiera que él, Ismael, iba a vivir en la casa que tan intensamente despreció, con la familia que no fue, al menos desde que podía hilvanar sus recuerdos, sino un motivo siempre candente de conflictos domésticos.

La locomotora emitió un pitido largo y estridente. El *porter* se movía apresuradamente, llevando las maletas de los pasajeros hasta la plataforma de salida.

—Aquí te bajas, güerito —la advertencia resultó innecesaria, pues de sobra lo sabía y ya en ese momento se disponía a hacerlo. Cuando bajó por la escalera lo embargó la misma aprensión angustiosa que se había presentado en los momentos de abordar el tren. Su fractura afectiva volvió a hacerse patente. No sólo el desamparo y la soledad repitieron sus muecas lívidas, sino también ciertos terrores que durante los dos o tres últimos días lo habían acometido llegaron a visitarlo, e incongruentemente, dentro del movimiento y el bullicio, se acordó del cuerpo inmóvil en el suelo, del revólver y la sangre, de su desmayo ante aquellos objetos (su mismo padre se convertía en determinados momentos en un mero objeto, existente sólo para producir inquietud en su espíritu), y luego apareció el que era, quizás, el peor de sus recuerdos, el de una tarde de hacía dos semanas, cuando se enteró de la noticia de la otra muerte, y —mientras Josefina leía con voz pausada, lenta, temblorosa, que aunaba a las proverbiales dificultades que le ocasionaba la lectura el no saber si sería o no conveniente enterar a Ismael del contenido del pliego, y si debía, ya que imprudentemente había dicho lo esencial, callar o continuar leyendo— él se negaba a creerlo, hasta que al fin la noticia se abrió paso a través de erizados obstáculos que intentaban preservarlo del desastre, entorpeciendo la comunicación, y comenzó a vislumbrar un agua imaginaria, un estrecho río de corrientes rápidas, una mujer flotando hacia la orilla y unos hombres que inútilmente violentaban su cuerpo al tratar de hacerle arrojar toda el agua ingerida, y el rostro desesperado de aquellos hombres se convirtió en el suyo, que se contrajo de una manera tan horrible que acabó de perturbar a la titubeante Josefina, para después prorrumpir en uno de esos alaridos desatados que tanto daño le hacían a ella. Más tarde con voz átona e indiferente había preguntado:

—¿También ella se suicidó?

Y la fiel nana, tomada por sorpresa:

—No se sabe, corazón, más bien creen que haya sido un accidente, un ataque tal vez cuando nadaba. ¡Vaya uno a saber! Ya vez que la carta de tu tía no es nada clara. Lo único que entiendo es que te quedarás conmigo hasta que venga Octavio a hacerse cargo de la casa. (Octavio sin embargo no llegó. Se conformó con enviar a dos hombres para que lo empaquetaran todo y condujeran las cajas a una oficina de transportes, mandando con ellos el importe del pasaje del niño y una considerable suma de dinero como regalo a Josefina, a quien ni siquiera la largueza de su gratificación la llevó a perdonar a los Carmona el que no fueran por Ismael y se conformaran con recibirlo en la estación como si se tratara de un bulto más.)

En el andén, al lado de su enorme baúl y las maletas, buscaba con ansiedad un rostro que le resultara conocido, el de su abuelo, el de su tío, el de alguna de las sirvientas.

Alguien a su lado dijo de pronto:

—Tú eres Ismael, ¿verdad?

Volvió la cara para encontrar un rostro inexpresivo, armónico, plácidamente cerrado a cualquier emoción. La mujer le tendió la mano sin cordialidad, sin el menor asomo de intenciones hospitalarias, más bien con dureza. ("Esto se lo debo también a ellos.") Parecía no darse cuenta de que la mujer daba órdenes a dos cargadores para que condujeran su equipaje al automóvil, y ella misma tomó en sus manos una pesada maleta. Su adustez, su alta estatura, su sobrio vestido negro le

llevaron a preguntar, como si se hubiera olvidado del rostro contemplado en aquella fotografía:

—¿Eres tú mi tía Rita?

—Ni Dios lo quiera. Yo soy Marcela —fue la respuesta. La voz era fría, sin que para emitir las palabras se moviera otra cosa que no fueran los labios en aquel rostro inerme y distante, semejante al de un maniquí. Erguida, autoritaria y solemne, seguía caminando con una arrogancia que únicamente se podría tolerar al dueño del andén, de la estación, del universo entero. Ya en el auto, Ismael aventuró otra tímida pregunta:

—Marcela, ¿eres tía mía?

—No, Ismael.

Observó entonces, y ello le tranquilizó un tanto, que en aquella austera parquedad no había el menor asomo de enojo o fastidio, sino una actitud de saludable lejanía que no solamente guardaba hacia él, sino que también extendía al chofer, al automóvil, a la población entera, y sobre todo a la casa frente a la cual se detuvieron en espera de que abrieran la puerta cochera; casa donde sólo había estado en dos ocasiones y que

ahora tendría que encargarse de guardarlo, velar por su sueño, cauterizar las desgarraduras que la muerte de sus padres (la manera en que acaecieron tales muertes) le había dejado.

La gran casa amarilla de enormes y recargados balcones parecía, frente a él, un reflejo aumentado de la actitud de Marcela: sorda, distante, no francamente hostil pero sí desinteresada; casa en que resaltaba de inmediato la nula intención de convertirse en el cobijo de alguien, ni se prestaba a fomentar ilusiones de calor y amparo. A Ismael le extrañó no haber captado antes esa expresión de rechazo que se desprendía de los muros, pero más aún le turbó el recordar que su madre hubiese vivido tan prendida a ese gigantesco caserón (a la imagen de ese caserón), al que jamás dejaba de aludir en sus conversaciones, y al que amaba tan despiadadamente, porque, claro, no sería sino hasta mucho más tarde, pasados bastantes años, cuando Ismael se enteraría de que hay seres —y él, al enamorarse de Lucía, descubriría ser uno de ellos— que aman con inaudita y desconcertante pasión los objetos, las personas que más les hieren y torturan.

De suicidios

Por Max AUB

“No se culpe a nadie de mi muerte. Me suicido porque de no hacerlo, seguramente, con el tiempo, te olvidaría. Y no quiero.”

*

—A. R. se suicidó porque C. habló mal de él.

*

“No se culpe a nadie de mi muerte.” Mentira, siempre se suicida uno por culpa de alguien. “Nadie” siempre es alguien.

*

—¿Quién es “nadie”? — clamaba el comisario.

*

—¿Hay más crímenes que suicidios?

—No sé.

—En el teatro ¿hay más crímenes que suicidios?

—Antes sí. A medida que la humanidad envejece asesina menos y se suicida más.

—Entonces la humanidad envejeció ya varias veces. El suicidio es paralelo a la decadencia de las civilizaciones.

—Hablamos de relaciones individuales —le explicaron al arzobispo, que se acercaba—. La gente se suicida por las mismas razones que asesina.

—No es cierto —dijo el arzobispo— y sé algo de eso.

*

Suicidarse en seco.

*

Se suicida uno por todo.

*

¿Quién no se ha suicidado?

—Dormir es suicidarse un poco cada noche.

—Usted es soltero.

—¿Cómo lo sabe?

*

Se suicidó porque no le salía lo que debía salirle.

*

Frente a tantos “Crímenes célebres”, empastados y traducidos a todos los idiomas, nadie se ha atrevido a publicar tomos y tomos de “Suicidios célebres”.

*

Se suicida el que pierde, por ganar. Sentido exacto de *ganar por la mano*.

*

Se suicida uno por cualquier cosa.

*

Nadie se suicida por equivocación ni por ignorancia. Morirse es otra cosa.

*

—El suicidio es un punto de partida.

—No tienes ninguna gracia.

—Desde luego que no en el sentido de “ tiro de gracia”.

*

—¡A ver si traes buenos frenos!

Y se tiró bajo el coche.

*

Los que dicen:

—Dan ganas de matarse.

—Dan ganas de desaparecer.

—Dan ganas de morir.

No se suicidan nunca.

*

Siempre se suicida uno aculado.

*

Trabaja uno hasta matarse.

*

En todo suicidio hay un asesino que nunca es el suicida. Otro otro.

*

“La ví, no me gustó. Con que ¡hasta más ver! (Si no le entienden, lo siento.)”

*

“Pude dar vida, luego me la puedo quitar. Que los mantenga su abuela.”

*

“No debí haber nacido. ¿O es que los padres son infalibles? ¿O cada coyunda es imagen de Dios? Me nacieron en un tiempo que me asquea. Ustedes lo pasan bien. Yo, sin duda, lo pasaré mejor.”

*

“Y ahora, ¿qué?”